La falta que nadie hace.
Nuestra condesa de Alcira

(*Con intencion á Adan.*)

Nos aguarda con sus coches,
Su palacio y joyerías:
Nosotros vamos allá,
Con que, amigo, hasta la vista.

(*Dándole á Adan en el hombro.*)

SALADA.

¡Maldita sea tu lengua
Que me arrebata mi dicha!

ADAN.

¡Oh, es verdad! y yo olvidaba....

SALADA (*con aspereza.*)

¡Adan mio!
Mujer, quita.
(*Se arranca de ella, la Salada cae desplomada de dolor en una silla. Salen los bandidos, y Adan el primero.*)

FIN DEL CUADRO.

CANTO VI.

Era noche de danza y de verbena,
Cuando alegra las calles el gentío,
Y en grupos mil estrepitosos suena
Música alegre y sordo vocerío.

Sonó pausada en el reló la una,
La paz reinaba en el sereno azul;
Bañaba en tanto la dormida luna
Las altas casas con su blanca luz.

Y en un palacio, alcázar opulento
De soberbia fachada, en un balcon
Penetraba su rayo macilento
Entreabierto el cristal por el calor.

Lámparas de oro, espejos venecianos,
Aureos sofás de blanco terciopelo,
Sillas de nácar y marfil indianos,
Los pabellones del color del cielo,

Caprichos raros de la industria humana,
Relieves y elegantes doraduras,
Jarrones de alabastro y porcelana,
Magníficas estátuas y pinturas,

Ornan confusas la soberbia estancia
Que allá se pierde en mágica crujía,
Salones tras salones y á distancia
Se abre de mármol ancha gradería.

Y allá á un jardin, mansion encantadora
De las fadas, conduce, y mil olores
Esparce en los salones voladora
La brisa que los roba de las flores.

¿Quién la deidad, el ídolo dichoso
De aquel templo magnífico será?
¡Templo soberbio, alcázar grandioso
Que con oro amasó la vanidad!

Bella como la luz de la serena
Tarde que á la ilusion de amor convida,
El alma acaso de amarguras llena,
Hermosa en el verano de la vida,

Una mujer dormida sobre un lecho
Riquísimo allí está, los brazos fuera;
Palpítale desnudo el blanco pecho,
Vaga suelta su negra cabellera;

La almohada á un lado, la cabeza hermosa
En un escorzo lánguida caida,
Turbios ensueños á su frente ansiosa
Vuelan tal vez desde su alma herida.

Una velada lámpara destella
Su tibia luz en rayos adormidos,

En desórden brillando en torno de ella
Mil lujosos adornos esparcidos.

Aquí un vestido de francesa blonda,
La piocha allí de espléndidos brillantes,
La diadema de piedras de Golconda,
Sobre el sofá los aromados guantes:

De flores ya marchita la guirnalda,
Allí sortijas de oro y pedrería,
Arrojada en la alfombra rica banda
Bordada de vistosa argentería...

Bandas, sortijas, trajes, guantes, flores,
No os quejeis si os arroja con desden:
¡El placer, la esperanza y los amores
Ella arrojó del corazon tambien!

¡Ay! que los años de la edad primera
Pasaron luego y la ilusion voló,
Y al partirse dejó la primavera
Al sol de julio que agostó la flor.

Y al alma solo le quedó un deseo
Y un sueño le quedó á su fantasía
Loco afan y engañoso devaneo
Que en vano en este mundo hallar porfía:

Y el corazon que palpitaba ufano
Henchido de esperanza y de ventura,
Donde placer halló, lo busca en vano,
Perdida para siempre su frescura:

Y en vano en lechos de plumon mullidos,
En rica estancia de dorado techo,
Se reclinan sus miembros adormidos
Miéntras despierto la palpita el pecho:

Y en él inquieto el corazon se agita,
Y un tropel de deseos y memorias
Su mente á trastornar se precipita
Volando ansiosa tras mentidas glorias:

Y en vano busca con avaro empeño
Paz para el corazon en sus rigores;
Sus ojos cerrará piadoso el sueño,
Pero no el corazon á sus dolores.

Despierta cuenta con mortal hastío
Las horas en su espléndida mansion,
Lánzase al mundo y con afan sombrío
Huye otra vez de su enojoso ardor:

Todo le cansa, en su delirio inventa
Cuanto el capricho forja á su placer;
Y ya cumplido, su fastidio aumenta
Y arroja hoy lo que anhelaba ayer.

¡Oh! que no hay artífice en el mundo
Que sepa fabricar un corazon,
Ni sabio hay, ni químico profundo
Que encuentre medicina á su dolor!

Los trajes, bandas y aromosas flores,
Aquellos oros por allí esparcidos,

Extranjeros riquísimos primores
A que eligiese á su placer traidos,

Viólos apénas y arrojólos luego
Acá y allá lanzados con desden;
Que harta su alma y el sentido ciego
Todo le cansa cuanto en torno ve:

Y duerme ahora, y su entreabierta boca
Donde entre rosas se entreve el marfil,
Respira del afan que la sofoca
Fuego que el corazon lanza al latir;

Sus labios mueve y en su hermosa frente
Rasgos inquietos crúzanse en monton;
Cual detras de la nube trasparente
Sus rayos lanza moribundo el sol;

Y acaso entre una lánguida sonrisa
Resbalar una lágrima se ve,
Cual suele al movimiento de la brisa
Diáfana gota por la flor correr.

¿Por qué esa angustia y respirar violento?
¿Por qué soñando con dolor suspira?
Tan hermosa y con tanto sentimiento,
¡Ay! ¿por qué al corazon lástima inspira?

Un hombre en tanto de feroz semblante,
De repugnante y rústico ademan,
Y en la diestra un puñal, con vigilante
Faz cuidadosa y temeroso andar,

Súbito entró en la estancia y silencioso
A la dormida dama se acercó,
Contemplóla un momento receloso
Y por sus pasos á salir volvió.

« Duerme como un liron, » dijo en voz baja
A otros que afuera y en aguardo están,
Y añadió mientras cierra su navaja:—
«Manos pues á la obra y despachar. »

Y con destreza y silencioso tino
Abren y descerrajan á porfía
Alegre el corazon del buen destino
Que sus intentos favorece y guia:

Y aquí amontonan, y acullá recogen,
Rompen allí y arrojan con desden,
Y aquí los unos con cuidado escogen,
Despedazan los otros cuanto ven;

Y con ansia brutal oro buscando
Con insaciables ojos la codicia,
Riquezas y tesoros anhelando,
Riquezas y tesoros desperdicia.

Estremécese el alma al menor ruido
De temeroso sobresalto llena,
Páranse un punto, aplican al oido,
Y vuelven otra vez á su faena.

Y en medio á su azaroso y mudo empeño
Rompe el silencio súbito rumor,

Y vuelven todos con airado ceño
Los ojos con afan donde sonó;

Y lleno de infantil sandia alegría
Miran á Adan que escucha embelesado
La estrepitosa súbita armonía
Que oculta en un reló de pronto hallado.

De gozo el alma y de esperanzas llena
Y ávido de sorpresa el corazon,
Indiferente actor de aquella escena
Registra todo con pueril candor:

Y aquí contempla y palpa los colores
Del rico pabellon de oro bordado;
Allí admira los nítidos primores
Del limpio nácar y el marfil labrado:

Mas allá en la pared le maravilla
Aparecida mágica figura,
En cuyos ojos animados brilla
Cándida luz de celestial dulzura:

Formas aéreas que copió en el cielo
La mente de Murillo y Rafael,
Virgen divina, celestial consuelo
Que trasladó á la tierra su pincel.

Y un caballero vió que le miraba,
Que vivo allí lo trasladó Van Dyck,
Que altivo y con desden le contemplaba
De noble aspecto y ademan gentil;

Y el tierno amor que el rostro de hermosura
De la vírgen purísima le inspira,
Trocó luego en orgullo la bravura
Del caballero aquel que adusto mira.

Intrépidos en él clavó sus ojos
Brillantes de belleza y juventud,
Y provocar queriendo sus enojos
Llegóse á él y le acercó la luz.

Tocóle en fin é imaginóse luego
Que sombra nada mas la imágen era;
Y al irse despechado y con despego
Lanzó al retrato una mirada fiera.

Y volviendo la espalda vió arrogante
Un mancebo galan que hácia él venia,
De negros ojos y gentil semblante
Que al suyo reparó se parecia;

Y sonrióse, y vió con gusto extraño
Su figura airosísima allí dentro,
Que tan terso cristal de aquel tamaño
Nunca hasta entónces la copió en su centro.

Y alegre el corazon miróse al punto
De sí agradado y reparó en su traje,
Y volviendo al retrato cejijunto
Luego lo comparó con su ropaje:

Y parecióle que mejor cayera
Aquel vestido en él que el que tenia,

Y mejor que su daga considera
Aquella larga espada que ceñia.

Y una ninfa despues blanca y desnuda
Al aire ve que suelta se desprende,
Gentil guirnalda que su salto ayuda
En sus manos purísimas suspende;

Suavísima figura y hechicera
En escogido mármol de Carrara,
Que el aire desprendida va ligera,
El juicio pasma y los sentidos pára.

Todo lo mira Adan, todo lo toca,
Todo lo corre con prolijo afan,
Y allá en los sueños de su mente loca
Ser gran señor imaginando está:

Y carrozas, y triunfos, y contentos,
Raudos caballos de indomables brios,
Y raros y magníficos portentos
Brindan á su ansiedad sus desvaríos.

Y esto deja entre tanto, aquella toma,
Destapa un pomo de dorada china,
Viértese encima su fragante aroma,
Allá á otro objeto su atencion inclina;

Toca y enciende un rico pebetero,
Báñase en ámbar súbito la estancia;
Y en un sillon sentándose frontero
Gózase en su dulcísima fragancia.

Mas allá relumbrante joyería
Sobre una mesa derramada está,
Y se prende una flor de perdrería;
Luego al espejo á contemplarse vá:

Niño inocente que encantado vaga
En medio al crímen que acompaña ciego,
Que cuanto en torno ve todo le halaga
Y á todo codicioso acude luego:

Que de la cárcel á los dulces lazos
Pasó encantado en su primer amor,
Y la bella Salada entre sus brazos
Enamorada de él le aprisionó:

Que luego el mundo apareció á sus ojos
Adornado de gala y de alegría,
Y su vista creó nuevos antojos,
Nuevos ensueños que gozar ansía:

Y libre allí cual caprichoso niño,
Que alegre corre y libre se figura.
Si burló acaso el maternal cariño
Y por campo y ciudad va á la ventura;

Así la dulce libertad sentida,
Adan huyó de su infeliz manola;
Y allí en su gozo embebecido olvida
La que le llora enamorada y sola:

Y así mirando y revolviendo todo
Párase ante un magnífico reló,

Y de gozarlo imaginando modo
Toca, y la oculta música sonó.

Al impensado estrépito los ojos
Volvieron todos, y mirando á Adan
Saltaron á sus rostros los enojos
Y aun alguno echó mano á su puñal:

—«Clávale ahí: maldita sea la hora
Que eso menguado con nosotros vino.»
—« Por poco señor Curro se acalora,»—
Repuso Adan mirando al asesino.

Y con sereno rostro y con desdeño
Señalando al puñal se sonrió,
Dobló el bandido á su sonrisa el ceño
Y colérico á herirle se arrojó.

Trabárase la lid si un alarido,
Un agudo chillido penetrante
Parando el movimiento al forajido,
.....

—«Alto, dijo, volviéndose, hablar quedo,
Voy á tapar la boca á esa mujer:
Nadie se mueva, no hay que tener miedo;
Hacer el hato vivo y recoger.»

¡Favor, favor! con afanoso acento
Una mujer en su desórden bella,
Súbito en el salon falta de aliento,
Y que en sus propios pasos se atropella,

Presentáse y mirando á los bandidos
Siente la voz helársele y suspira
Y piedad implorando entre gemidos
Los bellos ojos temerosos gira.

Ojos que vierten lágrimas, que velan
Su clara luz realzando su ternura,
Miéntras suspiros de sus labios vuelan
Con fatiga que aumenta su hermosura;

Y miéntras caen los agitados rizos
Que la sofocan á su ansiosa faz,
Aumenta en su congoja sus hechizos
La blanca mano que á apartarlos va:

Y su voz que se ahoga entre suspiros
Simpática enternece el corazon,
Ecos suaves, regalados tiros
Que al corazon de Adan lanza el amor:

Sintió piedad mirándola afligida,
Que era su hermoso rostro como el cielo,
Cuando si llueve en la estacion florida
Colora el sol el trasparente velo.

¿Qué ciegos ojos la beldad no encanta?
¿Qué duro corazon no vuelven blando
Los ojos lastimeros que levanta
Al cielo la mujer que está llorando?

Los ladrones allí y en torno de ella,
Los estúpidos rostros agitados,

Y ella postrada y en extremo bella
Los ojos y los brazos levantados.

—«¡Silencio, juro á Dios!—Con mano ruda
Dijo asiéndola un brazo el capataz,
Atale ese pañuelo, atras lo anuda,
Y que hable para sí si quiere hablar.»

Díjole á otro que á la dama hermosa
Un pañuelo doblando se acercó,
Miéntras el capataz con su callosa
Mano la boca á la infeliz tapó.

Miraba Adan, miraba á la hermosura
De la gentil y dolorida dama;
Miraba luego á la cuadrilla impura
Que su belleza con su aliento infama.

Y cuando al bruto bandolero mira
Poner su mano rústica en su boca,
Arrebatado en generosa ira
Que á fiera lid su corazon provoca,

Tira de su cuchillo y ss adelanta
Saltando en medio al círculo, y cogió
Del cuello al capataz con fuerza tanta
Que en el suelo de espaldas le arrojó:

Y en la diestra el puñal, la izquierda tiende
Describiendo una línea circular;
Y la turba que al verle se sorprende
Dos ó tres pasos échase hácia atras.

¡Oh! ¡Cuán hermoso en su gallardo empeño
Palpitante la faz, vivos los ojos,
Vuelve el bizarro mozo, y cuál su ceño
Añade gentileza á sus enojos!

Aquellos rizos que en sus hombros flotan
Tirada atrás la juvenil cabeza,
Las venas que en su frente se alborotan,
Su ademan de bravura y ligereza,

Y aquella dama que postrada llora,
Yerta á sus piés y la razon perdida;
Y que azorada y temerosa ahora
Yace temblando á su rodilla asida;

Y en torno de él las levantadas diestras
De sus contrarios del cuchillo armadas,
Con ademanes y feroces muestras
Su muerte á un tiempo amenazando airadas;

En medio aquel desorden y el despojo,
Cuán grande en ardimiento y gallardía
Muestran al mozo que en su noble arrojo
Un génio fabuloso parecia.

Alzase en tanto la navaja en mano,
Los labios comprimidos de la ira,
Como pisada víbora el villano
Que cayó al suelo y que rencor respira:

Y él y los otros al mancebo saltan;
Salta el mancebo que los ve llegar,

Y ántes que á él lleguen los que así le asaltan
Logra la espalda en la pared guardar.

Quieto allí contra el ángulo resiste
Ojo avisor el ímpetu primero,
Y á veces salta y en la turba embiste
Con presto brinco y con puñal certero.

Y en silencio que solo algun rugido
Sordo rompe ó mascada maldicion,
Sigue la lucha, y al mancebo ardido
La vil canalla acosa en derredor.

Como traílla de feroces perros
Sobre el cerdoso jabalí que espera,
Con diente avaro y encrespados cerros
Se arrojan á cebar su saña fiera;

Y aquí y allá con ávida porfía
Le acosan, y el colérico animal
En cada horrible dentellada envía
La muerte al enemigo mas audaz.

Así, pero no así, sino mas fieros,
Con mayor furia y sin igual rencor
Acometen á Adan los bandoleros,
Crece la lucha y crece su furor;

Y cual ligero corzo que parece
Saltando zanjas que en el aire va,
Salta si un golpe á su intencion se ofrece,
Y vuelve á la pared cuando lo da: